

DESTRUYENDO ESQUEMAS: RETOS Y RIQUEZA

RELIGIOSOS FORMANDOS
LAS ROZAS

Introducción

Con *Destruyendo esquemas* sistematizamos una reflexión sobre la vida religiosa con la que queremos pensar, como jóvenes religiosos formandos, el proceso de reestructuración y revitalización de la Orden. Elevamos así nuestra voz y mostramos nuestros deseos, inquietudes, gemidos y debilidades, de manera que se trasluzca la riqueza que guarda el joven religioso agustino recoleto y se subrayen los retos que se le presentan para hacer vida dicha riqueza. Articulamos esta colaboración en tres apartados.

Delinearemos primero el retrato del joven religioso agustino recoleto, insistiendo en aquello que une las teselas que configuran ese mosaico común que somos y huyendo de inoportunas generalizaciones. Una vez descritas dichas teselas, describiremos el mosaico; es decir, el ideario agustino recoleto que hunde sus raíces en el doble, o triple, mandato del amor.

Posteriormente desarrollaremos cuatro fuerzas que, a nuestro juicio, sostienen dicho ideario, siempre mirando a la destrucción de esquemas para de esta forma soñar con los pies en la tierra. Comenzaremos con una primera fuerza, llamada comunidad, y señalaremos que, para vivirla, no se tienen que vencer tanto dificultades externas, cuanto aquellas arraigadas muy dentro de nosotros mismos. Más tarde trataremos la interioridad y expondremos nuestro deseo de una relación afectiva con Dios que repercuta en la triple vinculación con uno mismo, con nuestros hermanos y con el mundo, superando al mismo tiempo las barreras del intimismo y los ruidos contemporáneos que tanto criticamos, pero por los que nos dejamos atrapar. Consideraremos como tercera fuerza el apostolado, un tanto debilitado en nuestros planes formativos. Y, de la mano de nuestra experiencia como formandos, destacaremos por último los ejes conductores que configuran la formación inicial y reflexionaremos sobre los riesgos característicos de esta etapa formativa.

Finalmente, a modo de un fuerte grito, resaltaremos la riqueza que aportamos como jóvenes generaciones agustinas recoletas en forma de creatividad, energía y diversidad. No deseamos ser piezas de sustitución en ministerios que poco a poco van apagando sus luces, ni ser vistos como inexpertos necesitados de la guía de los mayores para no incurrir en errores. Reclamamos ese voto de confianza necesario para crecer juntos, ancianos y jóvenes, como familia que somos en el desarrollo de un proyecto común: la revitalización de nuestra Orden en nombre de Cristo, a quien buscamos día tras día.

1. Mil telas de un mosaico

Para la preparación de este artículo recurrimos a la participación de todos los profesos simples a través de un cuestionario, de forma que se expresara, con las consabidas dificultades que esto implica, la voz joven de nuestra comunidad. Una de las preguntas por responder atañe al retrato robot del joven religioso agustino recoleto. Resumimos las conclusiones de dicha pretensión en las siguientes líneas.

a. ¿Es posible esbozar un retrato del joven agustino recoleto?

Somos conscientes de que, a la hora de responder a esta pregunta, no se puede, ni se debe, generalizar, tal como denota la diversidad de retratos descritos. Por eso no resulta adecuado hablar de un «esbozo» del joven religioso agustino recoleto, pues cada joven es diferente y porta su propia historia personal. La generalización aprisionaría la originalidad de cada cual. Ha de quedar claro que en todos nosotros se advierten aspectos positivos y otros tantos negativos, con lo que se deben reconocer tanto las cualidades como los defectos, sin que aquellas oscurezcan estos, y viceversa.

Nos reconocemos hijos de la postmodernidad, por lo que compartimos elementos con nuestros jóvenes contemporáneos, y nos apropiamos aquellas palabras de Jesús: «La gente de este tiempo es malvada. Pide una señal milagrosa, pero no se le dará otra señal que la de Jonás» (Lc 11, 29). De aquí deriva nuestra tarea de leer los signos de los tiempos, y más concretamente ese influjo postmoderno en la juventud. Esta tarea la acometemos nosotros, jóvenes, porque muchas veces los análisis realizados por los hermanos de otras generaciones resultan desencarnados; pero también somos conscientes de que necesitamos de su experiencia para no cerrar horizontes.

Dicho esto, insinuamos algunos aspectos que consideramos comunes, sin cercenar la riqueza y originalidad de cada uno de nosotros.

LA EXPERIENCIA DE HABER SIDO TOCADOS POR DIOS

Dios ha querido hacer camino en nuestra vida. De él proviene la iniciativa, el llamado, los deseos y las exigencias. Él ha tocado el corazón, la mente, las fuerzas. Esta es nuestra experiencia común. Así, a algunos nos ha llamado tras la amistad o contacto con otros miembros de la familia agustiniana, como las monjas agustinas recoletas; o por un amigo o familiar que conocía la Orden; o por «casualidad», sea porque se prestó un trabajo en alguno de nuestros ministerios, sea por leer el anuncio en un periódico católico de una convivencia vocacional, sea por charlas de frailes agustinos recoletos en colegios o parroquias no recoletas. Si bien es verdad que, en ocasiones, estas experiencias iniciales no dejan buena impresión, es más fuerte el deseo de entrar en relación con lo agustino recoleto y dicha experiencia se va aquilatando con la acogida y el trato amigo y fraterno.

DESEOS DE UNA AUTÉNTICA VIDA ESPIRITUAL

De la mano de este «ser tocados por Dios» se da otro elemento común: el deseo de una profunda dimensión espiritual. Existe en nosotros una sed de transparencia, autenticidad y honestidad. Anhelamos tiempos largos de encuentro con uno mismo, de oración. Para algunos su interés por la música o el arte refleja este anhelo de profundidad o trascendencia.

VALORAMOS LA FRATERNIDAD

Igualmente valoramos la fraternidad. Buscamos el bien común, y no tanto el de cada uno de nosotros, aunque a la par reconocemos nuestras limitaciones, como el «meternos mucho en nuestro mundo y no en el de nuestros hermanos» o el de acomodarnos, en vez de arriesgarnos, siendo más consumidores que constructores de comunidad.

SOMOS CONSCIENTES DE NUESTRA CONSAGRACIÓN

Apreciamos nuestra consagración en la vida agustina recoleta. Somos conscientes de nuestra decisión y de la libertad que la envolvió, pues no hemos optado

por ella porque no hubiera otras alternativas. Aspiramos a una identidad clara y bien asumida, para hacer vida lo que desea nuestro corazón y lo que enuncian los labios de nuestros hermanos mayores. Buscamos ser unos apasionados de Cristo viviendo el carisma agustiniano y experimentando la pertenencia y amor a nuestra Orden; una pertenencia que se concreta en nuestras comunidades y ministerios alrededor del mundo. Junto a este deseo de vivir nuestro carisma, sin embargo, nos sentimos en parte confundidos, porque las formas de expresarlo y de vivirlo no siempre resultan claras ni coherentes.

RECONOCIMIENTO DE SUS POTENCIALES

Miramos al futuro y no nos acobardamos ante el presente. Estamos dispuestos a darnos por completo al Señor y a innovar en el continuo discernir que implica su seguimiento. Pensamos que, entre nuestras notas, se cuentan la apertura, la energía, la pasión, el dinamismo y la creatividad. Aunque encontramos resistencia en los hermanos de otras generaciones, esperamos que confíen más en nosotros y que tengan más en cuenta nuestras ideas u opiniones.

DIALOGANTES CON EL MUNDO

Dialogamos con el mundo del que formamos parte, caracterizado por la integración de las diferencias, y en el cual nos sentimos llamados a darnos en favor de los que necesitan una palabra de aliento, el pan diario y una mano amiga. Muchos de nosotros ingresamos a la vida religiosa habiendo tenido experiencia laboral, contando con inquietudes (artísticas, sociales) o una vez finalizados determinados estudios. Otros, además, vivimos nuestra fe de una manera comprometida en distintos apostolados. Esta corta experiencia nos brinda un mayor sentido de la realidad y una menor idealización de lo que significa comprometerse con Cristo y con su Iglesia. Si bien hemos ganado en singularidad, libertad y pensamiento crítico, también reconocemos nuestra tendencia a ciertos individualismo, consumismo y bienestar.

Concluimos estos ejes comunes recordando que no existe un retrato del joven agustino recoleto, sino distintas historias, realidades y mundos donde el Señor se ha hecho presencia, camino, seguimiento y amistad. A pesar de que somos «mil telas de un mosaico», subrayamos dos realidades: el mosaico que queremos construir y el artista que lo llevará a cabo.

b. *El mosaico*

Con simplicidad y sin rodeos, el artista es Jesucristo, rostro del Padre, quien nos envía el Espíritu Santo. Él realiza una «obra de arte en sus seguidores agustinos recoletos». Él hace de nosotros, telas, un mosaico, que consiste en nuestro carisma, en nuestra misión.

Para hablar de este mosaico que Jesucristo construye en y con nosotros, partimos del ideario cristiano expresado en el Evangelio de Mateo: «Jesús le dijo: ‘Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Y el segundo es parecido a este: ‘Ama a tu prójimo como a ti mismo’» (Mt 22,37-39). Es lo que se trasluce en nuestra regla: «Ante todo, queridos hermanos, amemos a Dios; después, también al prójimo, porque estos son los principales mandamientos que se nos han dado» (*reg. prol.*), y continúa: «Esto es lo que os mandamos que observéis los que os habéis reunido en el monasterio» (*reg.* 1,1).

La mirada, la aspiración central, reside en el amor a Dios y en el amor al prójimo como a uno mismo. Necesitamos recordarnos diariamente que nuestro ‘prójimo cotidiano’ viene dado por nuestros propios hermanos de comunidad; y que estos sacramentalizan a Cristo (cf. *reg.* 1,8). Así, entre mi prójimo y yo se halla Cristo. De ahí que resulte errado desear una comunidad directa con mi prójimo que excluya a Cristo. Solamente este puede ayudar al otro y transformarlo, como me ha ayudado y me ha transformado a mí. Más aún, nuestro maestro Jesús actúa decisivamente en ambos. He aquí la razón por la que he de dejar libre a mi prójimo para el Señor, a quien pertenece, y cuya voluntad consiste en que lo reconozca tal como es¹.

De esta fuente brota el propósito de nuestra Orden, que conviene recordar:

El propósito de la Orden de agustinos recoletos es el propio de una familia religiosa, suscitada bajo el impulso del Espíritu Santo y aprobada por la autoridad de la Iglesia: sus miembros, viviendo en comunidad, desean seguir e imitar a Cristo, casto, pobre y obediente [...]; se esfuerzan por conseguir la perfección de la caridad según el carisma de san Agustín y el espíritu de la primitiva legislación y, muy especialmente, de la *Forma de vivir* (Const. 6).

Ahora bien, ¿cómo se especifica nuestro carisma? Continúan nuestras *Constituciones*:

1 Cf. D. BONHOEFFER, *Vida en comunidad*, Salamanca, Sígueme, 2003, 27.

El carisma agustiniano se resume en el amor a Dios, sin condición, que une las almas y los corazones en convivencia comunitaria de hermanos, y que se difunde hacia todos los hombres para ganarlos y unirlos en Cristo dentro de su Iglesia (*Const.* 6).

En el párrafo siguiente menciona algunos detalles de la *Forma de vivir*, sobre los que volveremos más adelante.

Una vez leídas nuestras fuentes, que manan del Evangelio, nos preguntamos, aunque aquí no lo respondamos, por las líneas o ejes comunes del joven profeso simple que se corresponden con dicho propósito y resultan acordes con la misión expresada en el *Proyecto de vida y misión* de la Orden:

La misión de la Orden de agustinos recoletos es: proclamar el Evangelio en misiones, parroquias y colegios, dando testimonio de una vida contemplativa y comunitaria dentro de la Iglesia. Y todo ello a través de la comunión eclesial y la misión compartida con los laicos².

Concluimos este apartado recurriendo al segundo mandamiento: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». No profundizamos tanto en lo que significa amar al prójimo, en parte insinuado en los párrafos previos, cuanto en el ‘como a ti mismo’. ¿No significa este «a ti mismo» volver al corazón? ‘Volver al corazón’ es el gran grito agustiniano. El ser humano necesita volver de los caminos de la dispersión que lo deshumanizan, de los senderos que lo alejan de su prójimo y de Dios³. O dicho de otra forma, contactar con lo más profundo de nosotros mismos posibilita el amor a Dios, a uno mismo y al prójimo; pues, desde el corazón, el Señor se deja encontrar y, por él, somos capaces de relacionarnos de manera nueva con los hermanos.

En resumidas cuentas, el amor es el núcleo de la espiritualidad agustiniana y, del mismo modo, su recolección sostiene que, «así como nuestro blanco es el amar a Dios, así en nuestro cuidado ha de ser principal todo lo que de más cerca a ello nos enciende»⁴.

2. Las cuatro fuerzas de la física «recoleta»

Ahora bien, ¿qué fuerzas permiten alcanzar esa meta que cobra vida en el seguimiento de Jesús y se concreta en la espiritualidad agustina recoleta? El obje-

² *Proyecto de vida y misión 2014-2016*, 18.

³ Cf. PROVINCIA SAN NICOLÁS DE TOLentino, *Volved al corazón, la sabiduría de la interioridad, la comunidad y la recolección. Itinerario formativo agustino recoleta*, Madrid 2012, 6.

⁴ *Forma de vivir*, I,1.

tivo de este apartado no radica en deslegitimar los ideales; al contrario, conviene mencionar que, sin sueños, el seguimiento de Jesucristo puede quedarse sin cimientos: sin «ideales» ni se puede seguir a Jesús, ni se ha cambiado nada (grande o pequeño) en la historia de la humanidad⁵. Más aún, los ideales se identifican con las entrañas y activan los motores del ser humano, para que la persona pueda dar lo mejor de sí misma.

Dichos ideales se elevan con fuerza en el noviciado, y es en nuestra etapa (profesos simples) cuando pueden tomar dos caminos. Uno primero, «agotamiento de ideales», al punto de relativizar u olvidar las convicciones anheladas en la anterior etapa; y uno segundo, donde el conocimiento de sí y de la realidad los reajustan y los presentan de una forma sana o «más realista» y libre de ingenuidades.

Seguidamente profundizaremos en este segundo camino, a fin de que se aprecie en qué medida siguen vivos los ideales, aunque la forma de entenderlos, vivirlos y caminar en ellos haya cambiado durante el proceso de personalización carismática. Trataremos cuatro ejes, que hemos llamarlo «fuerzas de la física recoleta» (la comunidad, la interioridad, el apostolado y la formación inicial), conforme a las respuestas dadas al cuestionario elaborado para la ocasión.

a. Comunidad

DESEOS DE COMUNIDAD, PERO...

Generalmente albergamos fuertes deseos de fraternidad y tendemos a un espíritu comunitario, existe una importante valoración del trabajo en equipo, el diálogo, el compartir la fe y acoger al hermano con sus dones y debilidades, el apoyo mutuo para caminar en estas y superarlas. Por esta razón se valora la corrección fraterna y se critica la permisividad en la vida comunitaria. Nos mostramos también disponibles a renunciar y sacrificar proyectos, ideales o deseos personales en pro de esta, y estimamos la riqueza en la diversidad (cultural, profesional), minusvalorando la uniformidad y la dependencia.

Desde aquí se entiende el grito que denuncia a las comunidades que circunscriben su ideal de vida comunitaria a simples reuniones inconexas: reunirse

5 Cf. L. M^a. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa»: *Vida Religiosa* 111/6 (2011) 11-16.

para comer, para rezar, para ver la televisión, para leer el periódico; el grito que denuncia la escasa comunicación interpersonal, la poca frecuencia del compartir espontáneo y profundo entre sus miembros, primando ese silencio que revela un desinterés por la vida del otro; el grito que cuestiona la ausencia de rezos, el rezar rápidamente y el ‘chisme’ entre los hermanos. Parece ser que la comunidad aflora como la preocupación nuclear para el joven religioso agustino recoleto.

No obstante, la realidad muestra que solemos caer en lo mismo que cuestionamos. Incurrimos en el individualismo, la autosuficiencia, el protagonismo, la envidia, la competencia o la poca participación a la hora de realizar tareas comunitarias, lo que impide dar el paso para ser realmente hermanos y facilita el olvido de aquella exhortación de Pablo a los Gálatas: «No seamos orgullosos ni sembremos rivalidades y envidias entre nosotros» (Gál 5,26).

Expuestos el ideal y la realidad a la que se enfrenta, formulamos algunas cuestiones que nos ayuden a replantearnos continuamente nuestra vivencia. El ideal comunitario ¿ha de ser una pretensión personal? Es decir: en la medida en que me esfuerce, por ejemplo, en conocer a mis hermanos, en dialogar, en motivarlos para trabajar en equipo, en acoger la riqueza y no caer en actitudes individualistas o envidiosas, ¿se alcanzará dicho ideal? O, en caso contrario, mientras no me esfuerce, la fraternidad soñada ¿será entonces irrealizable? Más todavía, puede darse el caso de que algunos se esfuercen y otros no, dando lugar a expresiones como: «Hay que querer así a los hermanos, con sus defectos, y tener paciencia con ellos».

SUPERAR EL ‘MODELO DE PERFECCIÓN’ Y ASPIRAR AL ‘MODELO DE DON’

La comprensión de la comunidad como una ‘pretensión personal’, centrándose por tanto en los esfuerzos, se corresponde con la visión de la vida consagrada desde el preconciliar «modelo de perfección», que sigue vigente en algunas cabezas y corazones jóvenes. Según A. Cencini⁶, se construye sobre una santidad basada en los esfuerzos humanos: el religioso deseoso de perfección no tiende a estar agradecido con nadie (salvo consigo mismo); más todavía, dicha perfección llega a ser un privilegio de pocos ‘supervoluntarios’ o ‘voluntaristas’. Por lo tanto, este modelo resulta individualista y se expone a tentaciones narcisistas. Asimismo, desde él se concibe la vida religiosa como satisfecha cuando hay una

6 Cf. A. CENCINI, «¿Cómo afrontar los desafíos que emergen en la dimensión de la comunión? (I)»: *Vida religiosa* 109/5 (2010). <https://vidareligiosa.es/como-afrontar-los-desafios-que-emergen-en-la-dimension-de-la-comunion-i/>

observancia o cumplimiento de las reglas. Mas esta 'perfección' es innatural en el ámbito humano y resulta imposible desde la psicología, por lo que incurre en falsos problemas (como la superioridad vocacional) y genera obsesiones y escrúpulos.

Además, dicho modelo no se circunscribe a la tendencia individual del religioso que pretende ser «perfecto»; abarca igualmente la actitud de los religiosos que sobrevaloran los esfuerzos humanos de los demás, comparándose con ellos hasta el punto de subestimar sus propios dones y creer que solo esos 'supervoluntarios' pueden conducir a la Orden por el buen camino. Por lo tanto, seguir en la vida cotidiana dicho modelo quizás aliente en las comunidades cierto maniqueísmo (que las divida en «buenos y malos»), falsas y oscuras idealizaciones, fantasmas internos y conformismos.

Por ello se precisa pasar al «modelo de don», según el cual la vida consagrada es un don de Dios para la Iglesia y para el mundo. Se trata de un modelo verdaderamente comunitario, porque supone una participación de todos en la dinámica comunitaria. Siente que todo, lo que tiene y lo que es, lo ha recibido como don, por lo que al religioso no le cuesta poner en común los talentos, los bienes espirituales (incluida la santidad), al tiempo que se muestra agradecido con los demás miembros por darse. En él se vive el gozo cuando se ha querido compartir el don, sin reconocer superioridad alguna en los demás hermanos; a estos, por el contrario, los experimenta como compañeros de viaje, y percibe el mundo como lugar de salvación.

A diferencia del anterior, el «modelo de don» es más sano, simplifica las relaciones, libera de divisiones, jerarquías, comparaciones, idealizaciones personales y valoraciones por roles. De igual forma libra de toda ambición espiritual, abandonándose en las manos del Señor: «Señor, no es orgulloso mi corazón, ni son altaneros mis ojos, ni voy tras cosas grandes y extraordinarias que están fuera de mi alcance» (Sal 131,1).

¿LA COMUNIDAD DE JESUCRISTO O LA COMUNIDAD DE LOS ESFUERZOS HUMANOS?

Por otro lado, Bonhoeffer refiere otro contraste en la forma de vivir y entender la vida comunitaria. Se refiere a dos tipos de comunidad: la psíquica y la espiritual. La primera se lamenta de no haber recibido la misma riqueza de experiencia que otros cristianos. ¿No lleva esta forma de comprender la comunidad a la nostalgia constante de querer 'repetir' el pasado «glorioso» o la experiencia de los fundadores? Muchas veces estas quejas se confunden con un signo de piedad, y oramos para que se nos concedan 'grandes dones', olvidándonos de agradecer los 'pequeños' de cada día. De ahí la pregunta del autor: ¿Cómo va a conceder

Dios lo grande a quien no sabe recibir con gratitud lo pequeño?⁷. Y es que algunos caemos en la tentación de volvernos ‘acusadores’ de nuestros hermanos, en contraposición con lo que pide el evangelio (cf. Mt 7, 1-2). Pero la comunidad no nos ha sido confiada para caer en dicho error; antes bien, aquel que incurre en esta actitud puede cuestionarse si no es Dios quien destruye su quimera, obra de sus manos⁸.

Con las referencias a Cencini y Bonhoeffer queremos deconstruir ciertas visiones de la fraternidad y concluir que esta no es mero ideal por realizar (a pesar de que en los primeros párrafos acuñáramos dicha palabra), sino una realidad creada por Dios en Cristo, de la que él nos permite participar. Como asegura el teólogo y mártir alemán, en la medida que aprendamos a ver a Jesucristo como el motor y fundamento de nuestra comunidad, aprenderemos a pensar en ella, a orar y esperar por ella, con serenidad. Solo en Cristo se logra «la comunidad espiritual», y el que se sumerge en esta comunidad da diariamente gracias por la comunidad de carne y hueso a la que pertenece, aunque no tenga nada que ofrecerle, sea pecadora o viva una fe titubeante.

La comunidad espiritual nos libera de aquella actitud de queja ante Dios por ser todo tan miserable, tan alejado de eso que habíamos esperado, impidiéndonos que Dios conduzca y haga crecer ‘nuestra comunidad’⁹. Hagamos vida aquellas palabras de Pablo a los Gálatas: «Ayudaos mutuamente a soportar las cargas y de esa manera cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6,2).

Terminamos con una última precisión sobre el pensamiento de este autor con miras a la destrucción de esquemas. La comunidad es un don de Dios al que no tenemos derecho; únicamente él conoce la situación de cada uno. Cuanto mayor sea nuestro agradecimiento por lo recibido día tras día, más creceremos para agrado de Dios. Por lo tanto, acoger esta forma de vida en comunidad impide compararnos continuamente con lo que otros hacen y nos convence de que es la comunidad de Cristo la que, en contra de nuestras proyecciones personales, señala cómo amar verdaderamente a mi hermano, a mi comunidad.

7 Cf. D. BONHOEFFER, *Vida en comunidad...* 21.

8 Cf. *Ibid.* 22.

9 Cf. *Ibid.* 29.

b Interioridad

Dentro de la familia recoleta identificamos otra fuerza que la configura y le otorga un matiz particular: la interioridad. Como leemos en *Const.* 11, cada agustino recoleta tiene una especial vocación y una tarea peculiar, que es la continua conversación con Cristo, y su cuidado principal es atender a todo lo que más de cerca lo puede encender en su amor. Cada persona está llamada al desarrollo personal, pero el desconocimiento de quiénes somos nos aleja de Dios, caemos en nosotros mismos y resbalamos hacia las criaturas, confundiendo lo esencial con lo secundario. Solo con la ayuda de Cristo, mediante la purificación por la humildad, puede el hombre recogerse y entrar de nuevo en sí mismo, donde comienza a buscar los valores eternos, reencuentra a Cristo y reconoce a los hermanos. A esto se denomina interiorización trascendida agustiniana, principio de toda piedad; el recogimiento o recolección de la *Forma de vivir*, camino que conduce directamente a la contemplación, a la comunidad y al apostolado.

INTERIORIDAD EN EL PROCESO VOCACIONAL

Este ideal, plasmado en las *Constituciones*, esta conversación con Cristo, se hace presente en el proceso vocacional y formativo de las personas que integran la Orden, aunque de maneras distintas y diversas, pues el llamado que Dios dirige a cada uno es único, así como la forma de responder. La interioridad está íntimamente ligada a la espiritualidad agustiniana y en general así lo experimentamos, como un espacio sagrado que todos necesitamos para vivir nuestra consagración con alegría, ser maestros de oración y evangelizar con pasión y esperanza¹⁰.

Al preguntarnos qué es la interioridad y qué experiencia tenemos de ella, las respuestas fueron múltiples, pero señalamos que la interioridad consiste en entrar en el corazón, escuchar la voz del Padre que se revela en secreto y pide hacer camino junto a él, forma liberadora de conocer y aceptar su voluntad en nuestra vida. Es ahí donde brota el encuentro y la singular alianza entre el Dios de siempre y la persona que lo hace presente hoy. Un proceso de autodescubrimiento, pues quien descubre quién es encuentra la vocación de su vida.

10 Cf. M. MIRÓ, *Informe del prior general sobre el estado de la Orden*, Roma 2016, 74.

HACER PRESENTE A DIOS

Pensamos que hacer presente hoy a Dios como agustinos recoletos, es decir, manifestar este talante orante y contemplativo, fuente de donde mana toda la fuerza y elemento exquisito de nuestro carisma, es el «plus recoleto» que podemos ofrecer a nuestros contemporáneos.

En un mundo cada día más volcado hacia lo externo, donde la autorrealización, los logros, el tener más, han dejado a muchos interiormente vacíos y ricos de desconocimiento personal, se exige una interioridad que responda a las cuestiones fundamentales de la persona humana: quién soy y cuál es el sentido de mi vida. Por lo cual, los profesos simples queremos tener esta experiencia interna de Dios, que no es ensimismamiento o intimismo, que llega a confundirse con introspección psicológica y no como labor conjunta de Dios y el hombre, sino experiencia orante que trasciende una media hora de oración mental por la mañana y otra por la tarde. Por la interioridad descubrimos y vivimos a Dios en todas las cosas.

VIDA EN CRISTO

Así, pues, entendemos la interioridad como la real y auténtica vida en Cristo que necesariamente se encamina hacia el otro: real, porque sobre los idealismos baratos; auténtica, porque, si no es así, se vivirán ideales infantiles que no conducen a ningún lugar; gratuita, pues no se ha de olvidar que Cristo es el centro y el protagonista; encaminada al otro, ya que el árbol se conoce por sus frutos.

Los religiosos jóvenes optamos por la interioridad, por una vida de contemplación en la acción; pero percibimos que, en nuestro tiempo, somos alejados del silencio contemplativo e insertados en múltiples ruidos, tanto ambientales como espirituales. Somos jóvenes de este tiempo y nos enfrentamos al reto de acrecentar esta experiencia interna de diálogo continuo con Dios en una cultura del descarte, de la indiferencia y de la superficialidad. Vivimos en un mundo sacado de quicio en el que nuestra vida debiera representar unidad frente a fragmentación. Así lo recomienda san Agustín: «No te contentes con palpar la superficie, entra dentro de ti, penetra en lo más profundo de tu corazón» (s. 348,2). La interioridad debe sugerir al mundo senderos nuevos de humanidad, una humanidad que tienda a Dios y a los otros sin encerrarse en ella misma.

Esta experiencia, aunque difiere en cada uno, se presenta como un mismo sentir, como una misma inquietud. La experiencia de interioridad lo ha sido de Cristo de modo integral, en donde todo se ha unido. Se une el camino de encuentro consigo mismo y con Dios, se ilumina la vida y el proceso vocacional en el

conocimiento de uno mismo; todo ello en clave de proceso. Es, en este sentido, no «una parte de la vida, sino la vida toda guiada por el Espíritu Santo» (*Caminar desde Cristo*, 20).

Se profundiza en la amistad con Cristo, a quien uno se entrega con sus temores y debilidades, pero con una profunda confianza. La interioridad aflora, por consiguiente, como algo esencial e íntimo para la vida del hombre; es el impulso a seguir respondiendo al llamado que a cada uno se nos dirige y el proceso donde encuentra sentido todo lo que somos y hacemos.

BÚSQUEDA DE INTERIORIDAD

Estas aportaciones son, en general, experiencias e ideales que vamos construyendo y que tienen un sustrato común, que es la misma búsqueda de la interioridad. Resulta interesante contrastar estas experiencias con la reflexión de Javier Melloni¹¹. Según él, lo contrario de la interioridad no es la exterioridad, cuanto la superficialidad y la dispersión. La interioridad es la otra cara de la exterioridad, aquella que le da sabor y profundidad. Es decir, la interioridad no se equipara ni a un ensimismamiento, ni a una ruptura, ni a ausencia de nada; consiste más bien en conectarse a la realidad exterior, asumirla y apropiársela, advirtiendo la recíproca relación entre lo interior y lo exterior que confiere fecundidad a la persona.

Conforme a este planteamiento, el modelo de interioridad que manifestamos los profesos simples se ve comprometido, porque, si bien es un espacio de encuentro con Dios, también implica la salida de uno mismo. Percibimos que la realidad de la interioridad es concreta, opuesta a la clausura del sujeto en el pequeño mundo de los sentimientos; más bien lleva a abrirse y a crear diálogo transparente con Dios, con los hermanos y con la naturaleza, guiados y ayudados por el Espíritu.

RASGOS DE LA SITUACIÓN ACTUAL

Javier Melloni describe igualmente tres rasgos por los cuales el joven se sitúa en búsqueda de la interioridad, perfectamente armonizables con lo expresado por los religiosos jóvenes, ya que somos hijos de nuestra época¹².

11 Cf. J. MELLONI, «Búsqueda de interioridad»: *Misión joven* 369 (2007) 5-6; en página web: http://www.misionjoven.org/07/10/369_3.html

12 Cf. *Ibid.* 2.

El primero viene dado por la crisis generalizada de los modelos religiosos tradicionales, lo cual lleva al joven a anhelar la trascendencia y la vida del espíritu. Este anhelo de silencio, de espiritualidad, se equipara con la vuelta a los propios orígenes para rescatar algo de profundidad y de sentido.

Por otro lado, destaca el ritmo, la aceleración con que se vive, que provoca un sinsabor y un desgaste energético y psicológico cada vez más preocupante. Se busca la interioridad alternativa a este bombardeo de actividad, información, imágenes, ruidos, posibilidades, etc. Se la presenta como respiro ante tanto ruido, área virgen frente a tanta saturación, tiempo de desintoxicación y autenticidad.

En tercer lugar, vincula la búsqueda de interioridad con la reconversión del deseo, que hace que vivamos superficialmente relaciones, goces, placeres, informaciones, experiencias estéticas, etc. Cada vez más gente constata que el deseo de cantidad resta calidad al disfrute de lo que poseemos y priva de la capacidad de solidaridad. En un tiempo de anonimato y masificación, la interioridad y la solidaridad abren verdaderos horizontes de personalización.

Ahora bien, estos tres rasgos repercuten directamente en el proyecto que se vive durante la formación, de modo que la interioridad tiene que proporcionar las herramientas y generar los espacios necesarios para vivir mejor ese encuentro con uno mismo, en donde se unen integralmente todos los aspectos sociales, ecológicos y morales que nos rodean, y nos obliga a responder con determinadas acciones concretas como religiosos, ya comunitaria, ya personalmente a los retos que, como tales, tenemos planteados.

INTERIORIDAD: SOLIDARIDAD Y COMPROMISO

Con las aportaciones de Javier Melloni señalamos que la experiencia de interioridad implica elementos de solidaridad y compromiso constantes, pues el trasfondo de su búsqueda es el anhelo de una profunda forma de vivir. La interioridad no es un ideal, sino un encuentro real con Dios en Cristo, que obliga a salir de uno mismo en busca del pobre, del rechazado, del marginado, etc. Como expresa el pensador jesuita, frente a la dispersión, la interioridad unifica nuestras personas para estar atentos al momento presente y entregarnos a él¹³. La interioridad nos nutre en el silencio y la valentía, y dota de fortaleza para el encuentro interior, donde el Dios encarnado tiene su morada.

13 Cf. *Ibid.* 2.

c. Formación

La última fuerza que destacamos es la formación. En ella se adquieren las herramientas para seguir a Cristo y, al mismo tiempo, se nutren y mejoran las experiencias vividas, tanto de los formadores como de los formandos, por medio del Espíritu Santo. En las *Constituciones* se define la formación como

un proceso que abarca toda la vida del religioso: partiendo de la comprobación inicial de su vocación, le ayuda a caminar en fidelidad a la llamada y misión recibida de Dios, hasta formar al hombre perfecto en Cristo, según el carisma de la Orden: «La formación religiosa promueve el desarrollo de la vida de consagración al Señor, desde las primeras etapas, en que una persona empieza a interesarse seriamente por ella, hasta su consumación final, cuando el religioso encuentra definitivamente al Señor en la muerte» (*Const.* 118).

CAMINO, PROCESO, ITINERARIO

Consideramos que está bien delimitada la formación como proceso, camino que se construye conscientes de la propia identidad, de las relaciones que constituyen la trama del vivir y de la libertad inherente a todo proceso humano de realización. De ahí que en la Orden se hable y se plantee actualmente el IFAR (*Itinerario formativo agustino recoleto*) como la aplicación real y concreta de las inquietudes tanto de los formadores como de los jóvenes que llegan a nuestras casas interesados por nuestro estilo de vida. El IFAR pretende ser, como su nombre indica, el camino de los agustinos recoletos con un Tú a través del sendero abierto por Agustín y perfilado por sus seguidores. El IFAR nos ayuda a vivir en proceso, a tomar la vida en nuestras manos para discernirla desde el mejor de los criterios: la buena noticia de Jesús concretada en nuestro carisma. Una sabiduría que no significa acumular conocimientos, sino en vivir la existencia: ¿desde dónde vivo lo que vivo?¹⁴.

Este itinerario, sin duda, facilita el crecimiento carismático, espiritual, intelectual, comunitario y apostólico. Es toda la persona la que se transforma a semejanza de Cristo. Por lo tanto, una formación integral tiene que atender a la integración de todas las dimensiones de la vida.

Los formandos captamos el interés de la Orden por diseñar una formación común, pero también expresan cierto desconocimiento sobre qué es el IFAR y

14 Cf. PROVINCIA DE SAN NICOLÁS DE TOLentino, *Volved al corazón*, ya citado.

cómo aplicarlo. Podríamos decir que el IFAR se convierte en una especie de soporte informativo, «una nube informática», compuesto por contenidos bíblicos, agustinianos, recoletos, psicológicos, etc., al que cada cual accede, agrega y descarga aquello que considere conveniente aplicar en su casa de formación.

EXPERIENCIA FORMATIVA: ACOMPAÑAMIENTO, ORACIÓN, ESTUDIO, PASTORAL Y COMUNIDAD

Ahora bien, este ideal formativo lo confrontamos con nuestra experiencia de religiosos formandos. Tenemos un camino recorrido por una profesión religiosa traducida en llamado y respuesta al amor de Cristo. Al cuestionarnos sobre nuestra experiencia formativa en la Orden, destacamos cinco ejes conductores:

- El acompañamiento se valora positivamente. Se aprecia el diálogo sincero y transparente que existe en él con miras a una formación integral de la persona. Los formadores se muestran disponibles a acompañar de modo personalizado.
- La oración encuentra un ambiente comunitario favorable y sobre ella se habla recurrentemente durante la formación, pues se camina hacia una oración más auténtica.
- El estudio suele presentarse como un fin y no como el medio por el cual se aprehenden los elementos indispensables para seguir mejor a Jesús. Esto ocurre porque la mayor parte del tiempo se dedica al estudio. Además, se forma en el pensamiento crítico y en el diálogo con el mundo y la sociedad actuales.
- La dimensión pastoral nos parece imprescindible y estimamos que debiéramos abrirnos más a este campo. La formación debería proporcionarnos espacios para desarrollarla. Aun así, advertimos las dificultades por las que, al menos en esta etapa, la labor pastoral se explicita durante los meses de verano en los distintos ministerios de la provincia.
- La comunidad, tal como se expresó en su momento, se ve como el medio más idóneo para crecer y vivir el carisma de la Orden. En la comunidad se aprende, se disfruta y se perfecciona cada uno de los aspectos de la vida religiosa y, más aún, de la vida agustino-recoleta.

Anotamos que la experiencia en las diferentes dimensiones resulta positiva y que hay que tener en cuenta que la formación consiste en la transformación progresiva de toda la persona en Cristo. El proceso formativo busca hacer justicia al misterio de la persona atendiendo a lo individual y lo colectivo, al interior y a los aspectos exteriores.

TRANCES DE UN PROCESO

Retomando nuevamente el artículo de L. M^a. García Domínguez, compartimos el pensamiento de que la etapa que nos toca vivir es importante, porque en ella cuaja la verdad de la vocación, se prueba y purifica en la vida lo que empezó como un idealismo generoso en el corazón y se consolida la consistencia del religioso.

Ahora bien, esto no exime de responsabilidad y de trabajo, puesto que en ella se deben integrar todas las dimensiones antropológicas y espirituales que están en juego. Dicha integración requiere el diálogo claro con los distintos dinámicos internos y externos, algo que halla en el acompañamiento personalizado una herramienta propicia para trabajarlo.

Por otra parte, este autor menciona situaciones de riesgo existentes en esta etapa: «Situaciones de riesgo, porque representan modelos de comportamiento menos maduros y no favorecen un crecimiento formativo. Pero no se trata de una tipología (clasificación), sino de algunas dinámicas existenciales más o menos frecuentes, que tampoco son excluyentes entre sí»¹⁵. En esta ocasión mencionamos algunos de esos riesgos que percibimos en nuestra comunidad formativa.

El primer riesgo se corresponde con un rebajamiento del ideal. Es un hecho que, durante el noviciado, los ideales son más elevados y que, durante el periodo de formación, dichos ideales, al confrontarse con el sano realismo, pierden capacidad de atracción y de elevación. Se aspira a cosas menos espirituales, no se habla tanto de exigencia y de ofrecerse a misiones lejanas y difíciles, sino que ahonda cada cual en su entorno, en el que resta mucho por hacer.

De este riesgo surge una entrega agotadora a los demás, notable en los deseos de invertir energías en el apostolado: catequesis, grupos juveniles, movimientos eclesiales, proyectos sociales y voluntariados, afiliación a causas de diversa índole, etc. Aquí «pueden estar presentes elementos ideológicos que justifican dicha entrega ante uno mismo, ante los superiores o ante la comunidad que quizá le cuestiona su modo de entregarse»¹⁶. Subyace aquí el riesgo de que lo que mueva nuestra vida no sea de cariz teologal. El religioso renuncia al propio proyecto para vincularse únicamente al de Jesucristo y su Iglesia, y el profeso se hace su propio proyecto o incurre en un activismo disperso, estando en todo sin profundizar en nada, sin aquilatar las relaciones, sin insertar la ac-

15 L. M^a. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «Jóvenes religiosos... 13.

16 *Ibid.* 15.

ción en la oración, sin otorgarle sentido a lo que hace desde la realización de uno mismo¹⁷.

Destacamos, por último, el riesgo del desánimo en la lucha espiritual. Un desánimo que puede estar causado por el cansancio comunitario o por la desidentificación con el proyecto común, por el deseo de autonomía frente al control de la comunidad o de los superiores, por la búsqueda de un refugio afectivo en la relación de pareja (quizá idealizada), que frena un afecto oblativo y universal más austero¹⁸. Se deben, por consiguiente, purificar las motivaciones de todas estas realidades, a fin de que cada profeso madure en el proceso formativo.

Hemos señalado estos riesgos porque permiten percibir que nuestra formación requiere de un crecimiento holístico que conduzca al encuentro con Cristo por medio del carisma. Resulta evidente que, sin un profundo sentido de identificación y pertenencia con la vida y misión de la Orden, la consagración como religiosos agustinos recoletos será frágil e inconsistente.

Por otro lado la formación tendrá que descubrir, valorar y potenciar la riqueza que aporta cada uno de los individuos que forman la comunidad formativa. Quizá este es uno de los grandes retos planteados actualmente en nuestra Orden: dejar de considerar al formando como un número o como un adolescente, para tratarlo como persona, conociendo toda su personalidad e historia personal y constatando que quienes hoy ingresan en la Orden, aun con sus lagunas afectivas, intelectuales, morales y religiosas, portan una considerable mayoría de edad. Olvidar esto podría desembocar en una infantilización de los procesos formativos y de sus sujetos.

3. Tweet sin ↻

El título de este apartado puede parecer confuso, cuando no absurdo. Sin embargo, con él se plantea una realidad cada vez más acuciante dentro de la Orden: el poco conocimiento de la vivencia juvenil y la expresión del ideal recoleto por parte de muchos de los religiosos mayores. En la vida religiosa, y en especial dentro de nuestra Orden, se da una brecha generacional a la que en los últimos años no se le han encontrado soluciones creativas; más bien se ha pretendido contrarrestar su influencia con la incorporación de un año extra para experimentar la realidad tal cual es previa a la respuesta definitiva que debe suponer la profesión

17 *Ibid.* 17.

18 *Cf. Ibid.* 17.

solemne. Durante este año se pretende que el joven se adapte a la comunidad receptora, siendo aquel quien tiene que cambiar y no esta la que deba modificar sus conductas, en ocasiones bastante acomodadas, y replantearse su consagración.

La intergeneracionalidad se ha convertido en un desafío para las próximas generaciones de religiosos, pues son cada vez más los mayores y menos los jóvenes en las comunidades, ya sea por la poca confluencia vocacional, ya por las alarmantes salidas de muchos de los jóvenes religiosos.

Utilizamos la fórmula conocida de las redes sociales para presentar uno de los mayores inconvenientes advertidos por los jóvenes religiosos. Estos quieren aportar creatividad a las comunidades, pero no siempre se valoran sus ideas. Pareciera que solo ellos son discípulos dentro la vida religiosa, como si los mayores tuvieran todo resuelto, controlado y sin error. Estas formas de emprender el ministerio reduce la capacidad innovadora de una comunidad que está llamada a ser fuente de ideas renovadas que trasmitan el carisma recoleto a las nuevas generaciones de cristianos. Una innovación, recordemos, que no proviene ni de los tiempos, ni de los hombres, ni de las necesidades, sino del Espíritu que hace nuevas todas las cosas¹⁹.

La falta de vocaciones y las salidas permanentes han reducido las fuerzas para proseguir con los mismos ministerios que hace años. Estas circunstancias obligan a que muchos religiosos jóvenes «tapen huecos» dentro de los ministerios existentes. Así el joven religioso, obligado por las necesidades de la comunidad, se convierte en una pieza de engranaje que sustituye a la anterior para que continúe el mismo funcionamiento, sin introducir cambio alguno en la maquinaria.

El joven religioso suele adoptar esta misión sin mayor problema. Adaptarse a las formas ya establecidas brinda seguridad ante los desafíos implicados por la sociedad actual. La poca capacidad de iniciativa, el conformismo, la comodidad, la dependencia, son algunos signos de un comportamiento poco evangélico. «No todos los ancianos son viejos y ¡cuántos jóvenes son unos viejos acomodados!». Esta actitud puede venir propiciada por un modelo de formación paternalista de mentalidad endogámica, es decir, centrada en el funcionamiento autorreferencial de la Orden o de una actitud ya instalada en las nuevas generaciones de jóvenes, que prefieren la seguridad a la libertad y parresía que ofrece el evangelio.

19 Cf. A. BOCOS MERINO, *Caminando hacia la aurora. Reorganización de estructuras en la vida consagrada*, Vitoria, Frontera Hegian, 2010, 75-79.

Coeducación intergeneracional

Para acortar el abismo existente entre las generaciones se requiere adoptar actitudes que exigen un *desasimiento* por ambas partes (cf. FV I,1). No es justo que los procesos de formación exijan a los jóvenes el sacrificio y la renuncia apoyados en la obediencia, cuando son muchos los mayores que no renuncian a sus criterios para dar paso a aires nuevos, así como tampoco lo es identificar a muchos religiosos mayores con personas cuadrículadas y faltas de criterios renovadores. Por tanto, resulta imprescindible una *coeducación intergeneracional*.

LOS JÓVENES: RECEPTORES, ANIMADORES Y HERMANOS

Receptores. Para los jóvenes religiosos se debe asumir la realidad intergeneracional desde la humildad. La actitud que tomemos ante ella es fundamental. Nuestro trabajo consistirá en «aprovechar eso que los mayores quieren ofrecernos», reconociendo que la sabiduría existente en la mayoría de las comunidades de mayores nos puede ayudar a crecer y a concretar las diversas caras de la realidad que muchas veces se nos escapan a los jóvenes. La realidad no es ni blanca ni negra, y los jóvenes a veces nos mostramos daltónicos ante los matices. Los mayores ofrecen una visión sapiencial de la realidad que permite entender cada momento²⁰.

Animadores. Como jóvenes religiosos estamos llamados a ejercer la creatividad dentro de las comunidades. Nuestro reto consiste en ser fuente de revitalización de comunidades aviejadas, lo que implica paciencia y diálogo para favorecer la retroalimentación. Para conseguirlo se torna cada vez más necesario confiar en los jóvenes religiosos. «Nos debe preocupar que gastemos las mejores energías en repensarnos, reorganizarnos y redisponearnos, sin caer en la cuenta de que lo urgente es dejarnos mirar por la realidad, por los jóvenes. Sin esa mirada, y lo que en ella se desprende, el futuro no es alentador»²¹. Un clima de confianza potencia a los jóvenes religiosos y sus capacidades. Nadie aprende en cabeza ajena, por lo que se requiere que el mismo joven aprenda de sus errores y de sus iniciativas, dado que la formación es un proceso que abarca toda la vida del religioso recoleto (cf. *Const.* 118).

Hermanos. La fraternidad facilita el espacio de encuentro intergeneracional inevitable para reducir las diferencias y emprender la misión común de ser signos de la caridad de Cristo en la realidad actual (cf. *Const.* 6). Dicho espacio permite destruir

20 Cf. L. A. GONZALO DíEZ, «Derrumbar para construir»: *Vida religiosa* 111/3 (2011)1-3.

21 L. A. GONZALO DíEZ, «La mirada de los jóvenes»: *Vida religiosa* 115/7 (2013) 1-3.

estereotipos, según los cuales el joven se erige en salvador de una comunidad envejecida o los mayores se constituyen en barrera de incompreensión. Sin embargo, la calidad de estos momentos comunes no se salvaguarda con el estricto cumplimiento de horarios; se precisa profundidad en las relaciones interpersonales y una comunicación más fluida e interpelante. Solo así los encuentros comunitarios nos capacitarán para descubrir la propia comunidad como soporte desde el que vivir la llamada.

LOS MAYORES: SABIOS, EJEMPLOS Y HERMANOS

Sabios. Reconocer el valor de la experiencia de los mayores es un modo de contrastar la ideología juvenil típica con la realidad ya vivida por quienes nos han precedido. La experiencia se convierte en fuente de conocimiento para quienes poseen poca experiencia en la vida religiosa. Un religioso mayor, que vive su vida con apertura a la energía de los jóvenes y mantiene su mente abierta, genera confianza y ayuda a propiciar un clima adecuado para que los religiosos jóvenes vivan en autonomía y con responsabilidad lo que se les encomienda. Cuando se da lo contrario (y hablamos de religiosos que, más que hermanos, asumen el papel de padres), proliferan tensiones, ya que se considera al joven religioso inexperto en la vida, niño de párvulos al que hay que llevar de la mano para que no se pierda.

Ejemplos. El religioso que vive la misión con entusiasmo y entrega se convierte para nosotros, los jóvenes, en ejemplo de vida, fidelidad y caridad. No basta con que muchos establezcamos ideales si estos no se concretan en la misma realidad, si no existen personas que los hayan encarnado con su vida. Religiosos alegres, abiertos, solidarios, trabajadores incansables por la Orden... son signo vivo de revitalización. Lamentablemente, muchos jóvenes, influenciados por las tendencias actuales, descartan a los mayores, desestiman sus aportaciones y los ven más como una carga que como un ejemplo o modelo de identidad.

Hermanos. Utilizo el mismo sustantivo para resaltar la opción fundamental a la que estamos llamados quienes conformamos la Orden: la fraternidad. Esta florece en la escucha, que significa aprender nuevos códigos de comunicación para entender y dialogar con quien todavía no conoce nuestra forma de ser. Todo ello requiere sacrificio, una palabra hoy denostada.

¿Qué buscáis?

Quisimos tomar el texto de Jn 1, 38 para expresar qué busca un joven religioso dentro de la vida agustina recoleta. Las opiniones son variadas, pero todas ellas

remiten a Cristo. Cristo es el fundamento de la vida de los jóvenes religiosos que anhelan una vida llena de sentido. El sentido se convierte así en salvación para quienes, cansados de mediocridad, ansían vivir el evangelio en compañía. Mas los objetivos se quedan a medio camino por las propias limitaciones creaturales o por la falta de radicalidad con la que se ha experimentado la consagración agustiniana recoleta, muchas veces estancada en la falta de iniciativa o en estructuras solidificadas que ya no responden a las demandas de la Iglesia y de la humanidad. Quizá nuestra opinión al respecto se puede resumir en los siguientes epígrafes.

CRISTO, LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

El joven religioso que desea entregar su vida a la misión de la Iglesia debe experimentar la cercanía de Cristo en su vida. La Iglesia, y en especial la comunidad, visibilizan el rostro de Cristo más próximo al agustino recoleta. La comunidad se torna entonces reto y maravilla²²: reto, pues no es fácil reconocer el rostro de Cristo en el día a día comunitario; maravilla porque, descubriendo a Cristo en cada uno de quienes forman parte de la comunidad, crece el amor por quienes la constituyen y el ánimo de entrega a la misión conjunta.

Aun así, son muchas las veces que «se confunde a Dios con la representación que la persona se hace de él y se le subordina a los propios deseos e intereses»²³, incluso intereses colectivos que prodigan una cristología consensuada. Estas imágenes de Cristo forjan ambientes de difícil armonía entre los miembros de la comunidad y entre las comunidades con respecto a la Orden.

UNA VIDA COHERENTE

Jesús fue un idealista con los pies en la tierra que revolucionó la realidad que lo circundaba. Quienes hemos decidido entrar en la vida religiosa procuramos una vivencia radical del Evangelio, un entrega total de nuestra vida a la causa de los más necesitados. No es suficiente con desarrollar métodos efectivos de oración si con ellos no empatizamos con las necesidades de nuestros hermanos. No basta con afirmar que se trabaja por los pobres si esto no se evidencia en muchos de los que integramos la Orden. La mediocridad se puede camuflar en papeles, en

22 Cf. A. CENCINI, *Vida en comunidad: reto y maravilla*, Sígueme, Salamanca 2011.

23 J. A. ESTRADA, *De la salvación a un proyecto de sentido. Por una cristología actual*, DDB, Bilbao 2013, 106.

ideas bien estructuradas sin repercusión en la realidad. La búsqueda de coherencia debe ser constante y resultar evidente.

UNA VIDA EVANGÉLICA

Cualquier lectura sobre vida religiosa acentuará la radicalidad evangélica como signo eficaz del religioso. Se trata de vivir, no el interés de la Orden, sino a la escucha de la voluntad de Dios, que nos pide salir del apoltronamiento en el que nos encontramos. Ningún joven llamado a la vida religiosa entra para vivir de manera cómoda, pero sí puede terminar adaptándose a los privilegios que la misma ofrece, hasta el punto de hacerla segura más que profética.

Una vida evangélica, además de radical, es lúcida y valiente. No calcula mucho. En ocasiones nos caracterizamos por una excesiva prudencia, que en el fondo denota miedo. Los jóvenes religiosos quieren expresar y realizar los ideales evangélicos, independientemente de sus consecuencias. Si se prepara demasiado el camino para evitar problemas en las próximas generaciones, se incrementará la hipersensibilidad y se incapacitará a los jóvenes para sobrellevar las frustraciones. Se incurrirá entonces en el aburguesamiento, convirtiéndolos en «príncipes» que exigen privilegios a la Orden, con poco o ningún compromiso radical con el ideal recoleto.

UNA VIDA ALEGRE

Cuando encontramos la razón de nuestra vida, esta se vive con alegría. La vida religiosa es fuente de alegría, o al menos eso expresan muchos escritos. El testimonio de alegría va unido a la vida fraterna, por lo que no depende de una sola persona, sino de toda la comunidad. La alegría denota que hemos encontrado a Dios y que él se encuentra con nosotros. Reforzar nuestros lazos comunitarios se hace cada día más necesario para crear ambientes que transmitan la alegría del evangelio. Estamos «llamados a experimentar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado, que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría»²⁴.

²⁴ FRANCISCO, *Testigos de la alegría. Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada*, II,1.

UNA VIDA EN COMÚN

La comunidad debe fundamentarse en la amistad y el respeto. La amistad dentro de la vida religiosa se ha visto, y se sigue viendo, con cierto recelo. La homosexualidad o la división intracomunitaria eran algunas amenazas que justificaban el rechazo a que los religiosos establecieran una profunda amistad dentro de la vida religiosa. Sin embargo, hoy se reclama la amistad como elemento esencial para el desarrollo comunitario. Si no se la incentiva, es probable que muchos religiosos no encuentren ni siquiera una persona con la que compartir sus problemas, derivándolos a relaciones externas que debilitan su sentido de identidad y pertenencia.

UNA COMUNIDAD CREATIVA

La sociedad actual y la crisis por la que atraviesa la vida religiosa exigen respuestas creativas que vayan más allá de las convencionales formas de autoridad. Para impulsar un espíritu renovador en nuestras comunidades, hace falta ser innovadores. La innovación dentro de la vida comunitaria no es el resultado de la ocurrencia del prior de turno, sino de un diálogo comunitario entre personas que tienen cualidades y quieren aportar ideas. Atrás quedaron los tiempos en los que el 'superior' diseñaba un proyecto e implicaba a todos en su realización. Hoy se torna más acuciante la participación de todos en los proyectos comunes, incluso de aquellos que acaban de entrar a la vida religiosa. Se requiere una masa crítica, un genio colectivo que ayude a responder a las necesidades de todos. De esta forma se incentiva la creatividad, la participación y la confianza: la corresponsabilidad.

Aun con todo, no son pocas las comunidades donde los religiosos jóvenes llegan para adaptarse a ideas ya establecidas, 'porque siempre se ha hecho así'. Si estos procedimientos se dilatan en el tiempo, el joven pierde creatividad, capacidad de innovación, y se estanca en la ley del mínimo esfuerzo, pasando a engrosar así la famosa lista de jóvenes sin espíritu ni energía. Además, la institución incurrirá en un notable anacronismo, ya que se fijarán respuestas a preguntas que ya no nos formulan.

Conclusiones

Pensamos que el reconocimiento de nuestras limitaciones y cualidades es el comienzo de una nueva forma de crear comunidad. El desarrollo de las nuevas generaciones de religiosos agustinos recoletos ha de caminar de la mano de un proceso de formación personalizada, que ayude a construir vínculos fuertes de

identidad agustina recoleta. No es suficiente con que la teoría se muestre elocuente; se requiere también que la práctica sea lo bastante acertada. Aunque no seamos una empresa ni nos debamos guiar por criterios de eficiencia empresarial, la aplicación de principios administrativos nos puede ayudar a plantear objetivos y, sobre todo, desarrollar metodologías eficaces para contrarrestar la agónica situación en la que nos encontramos.

El cambio de época exige sacrificio por parte de todos: de mayores y de jóvenes. Debemos dejar atrás las comodidades, el ensimismamiento, la endogamia mental, los nacionalismos o provincialismos que, más que aportar, restan fuerzas y dificultan la ejecución de proyectos comunes y evangélicos. No hemos de olvidar que tanto Europa como América y Filipinas son fundamentales para la vivencia agustina recoleta, pero tampoco que la realidad social europea exige respuestas diversas a las que se plantean en América y Filipinas. No hay espacio para respuestas pre-fabricadas. Cualquier planteamiento de soluciones es diacrónico, evoluciona con el tiempo, sin que ello implique desarticular el carisma primigenio, que no es otro que el desarrollo de la una espiritualidad del *desasimiento*, caracterizada por dejar de lado todo tipo de idolatrías materiales, ideológicas y religiosas.

La vivencia de los consejos evangélicos se debe ver como posibilidad y no como renuncia. Posibilidad que abre al joven religioso un horizonte de plenitud humana y espiritual, de libertad y compromiso, de fidelidad y progreso. Todo ello se dará en un constante encuentro con la fuente de la vida, que es Cristo.

La comunidad ha de reflejar familiaridad. Las propagandas que falsean la realidad son insuficientes. Se necesita autenticidad comunitaria que integre las diferencias sin procurar uniformidades, que incite a la corresponsabilidad, la colaboración y el enriquecimiento mutuo. Actualmente carecemos de religiosos que ejerzan el liderazgo, por lo se requiere abandonar la noción tradicional del líder para fomentar el ingenio colectivo, la creación de comunidades líderes, donde todos contribuyan al bien común y ejecuten la misión y visión de la Orden.

Ha de incorporarse el apostolado en el proceso formativo inicial. Resulta perjudicial mantener a los jóvenes religiosos aislados de una realidad que es la suya y a la que ellos, más que nadie, les corresponde dar respuesta en no muchos años. Las realidades pastorales son diferentes y demandan respuestas diversas que han de fundamentarse en el Evangelio y priorizar sus destinatarios primeros: los pobres y los más necesitados.

El proceso formativo se ha ido adaptando a las nuevas exigencias, mas resta mucho por hacer. Atrás quedaron los tiempos de teologados masivos y de comunidades formativas numerosas. Los nuevos tiempos reclaman comunidades formativas que capaciten a los jóvenes religiosos a personalizar el carisma, para identificarse con Jesucristo, forjar pertenencias fuertes e insertarse en la realidad

eclesial. En la actualidad se echan en falta comunidades preparadas para esta labor y religiosos que concreten el rol de acompañante-formador. Parece que nadamos contracorriente, pero los pasos se van dando. Vivimos momentos de transición que requieren del *desasimiento* de los religiosos, es decir, de la colaboración y la entrega de todos por el bien común.

Los jóvenes religiosos debemos aportar nuestro granito de arena a la causa común. El desasimiento nos brinda la oportunidad de crecer comunitariamente. Se nos pide construir diálogo, muchas veces ausente en las comunidades; y propiciar climas cordiales que faciliten la confianza mutua entre mayores y jóvenes. Estamos llamados a desarrollar cualidades de liderazgo y, principalmente, un identidad agustina recoleta lo suficientemente fuerte que nos ayude a responder a la llamada y ser responsables neumáticos del carisma que hemos heredado.

Nadie conoce el futuro, pero ha llegado el momento de ver en él oportunidades y no apocalipsis. Se requiere de valor y compromiso por parte de los jóvenes religiosos para responder a los retos planteados y del apoyo y colaboración de los religiosos mayores para llevarlo a cabo.

No debemos esperar que sea la historia la que nos mueva, la que señale nuevos horizontes; sino que sea el Espíritu Santo quien nos impulse, dejando de lado el miedo al fracaso. La recolección agustiniana actual está llamada a dejar huella en la historia de la Iglesia, pero solo será posible en la medida que seamos capaces de dejar atrás las mil formas de comodidad que se nos presentan y que poco a poco succionan la energía evangélica.

Todo lo anterior podría pecar de idealismo juvenil que tergiversa la realidad, pero no hay otra forma de enfrentar la situación que nos toca vivir. De no ser así, es mucho más fácil aburguesarse y dejar que sean las circunstancias sociales y eclesiales las que dicten el veredicto final. Si esto fuera así, denotaría mediocridad y supondrían traicionar a quienes, antes de nosotros, se degastaron por dar a la recolección agustiniana un lugar en la historia de la Iglesia.

Finalmente, no olvidemos que toda pretensión cristiana tiene como principio y meta a Cristo. Es en él en quien el hombre, y los agustinos recoletos, han de buscar el liderazgo necesario para llevar a buen puerto las naves de revitalización y reestructuración. En los tiempos secularizados que corren, la opción por Cristo podría sonar 'piadosa', mas no se debe dar otra respuesta, ya que solo él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68).

Religiosos formandos
Casa de Formación San Agustín
Las Rozas (Madrid)

Resumen

Destruyendo esquemas es el fruto de la reflexión comunitaria de los religiosos formados del la casa de formación San Agustín, de Las Rozas. Con ella quieren pensar desde su condición joven el proceso de restructuración y revitalización que vive la orden. Articulan sus deseos, inquietudes y dificultades en tres apartados: el retrato del joven religioso agustino recoleto, el desarrollo de cuatro fuerzas que consideran directrices del ideal del agustino recoleto (comunidad, interioridad, apostolado y formación), y la propuesta de lo que puede aportar un joven hoy a la consagración religiosa agustina recoleta.

Abstract

Undoing schemes is fruit of the communitarian reflection of the simple professed religious of Saint Augustine Formation House in Las Rozas. As young religious, they want to comprehend the process of restructuring and revitalization of the Order. They express their desires, restlessness and difficulties in three sections: the portrait of the young Augustinian Recollect religious, the development of the four strengths as directives of the Augustinian Recollect ideal (community, interiority, apostolate and formation), and the proposal of what a young man can contribute to Augustinian Recollect consecrated life.